

■ Del Café Gijón «bajan» con poca convicción y en escaso número distintos representantes de la intelectualidad o pseudointelectualidad



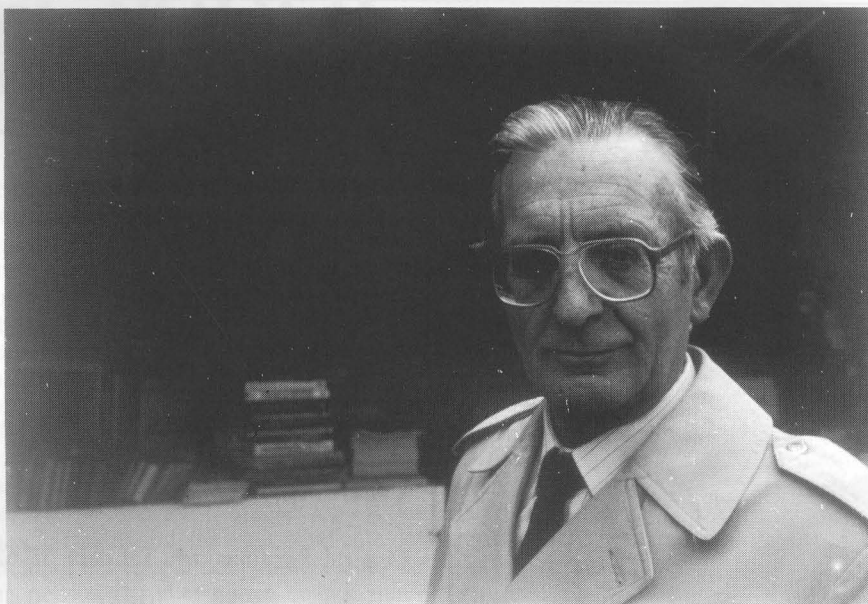
■ No puede faltar la lluvia, uno o varios días, en forma de chaparrón de primavera o aguacero



anticuarias: «Madrid viejo», de Ricardo Sepúlveda, y el pregón, un gran texto de Fernando Lázaro Carreter. Y como es previsible, no faltará la lluvia, más o menos días, en forma de chaparrones o aguaceros. Porque todos los años ha estado presente y casi sería una provocación su ausencia.

La Feria de Recoletos también es reclamo para variada fauna, para las distintas tribus urbanas que campan por la zona y sus aledaños. Del Café Gijón «bajan», con poca convicción y en escaso número distintos «representantes» de la intelectualidad o pseudointelectualidad (léalo a su gusto), que revisan displicentes los lotes de libros. No suelen comprar, salvo en circunstancia obligada, si el bolsillo no sufre de anemia económica. No faltan los «auto-editores», los que se niegan a la tortura de intentar publicar su obra (poética o libertaria) en «editoriales normalizadas». Venden su producción sin intermediarios, directamente al público. Son eternos románticos, insumisos a los criterios despóticos de las editoriales, empeñadas en decir al lector lo que tiene que leer. Los «locos de los patines» sortean a las personas como si fueran obstáculos que ponen a prueba su equilibrio: son peligrosos; los punkis, «jevímétals», «rocabilis» y resto de especies, completan un colorido cuadro, reflejo de un Madrid vivo y sin complejos que se asoma y participa en su gran fiesta del libro viejo y de ocasión.

PABLO TORRES



José Fernández Berchi:

«NO EXISTE OTRA FERIA COMO LA DE RECOLETOS»

JOSÉ Fernández Berchi, librero de viejo, instalado en Cuesta Moyano desde siempre, «militante» de la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de Madrid, asiduo de la Muestra del Libro Antiguo, presidente del comité organizador, su vida son sus libros, sus libros son su vocación. José Fernández Berchi, Pepe Berchi para sus amigos, habla siempre con orgullo de esa veintena de días que transforman el Paseo de Recoletos en una gran librería.

—Siempre es difícil hacer un balance de la Feria de Recoletos porque se nos podría acusar de vanidosos si afirmamos que en trece ediciones todo ha sido relativamente bueno. Pero es así, y aunque ha habido problemas, se han superado.

La Feria cuida mucho los aspectos relacionados con la presentación. Anualmente editan un importante facsímil sobre Madrid, una carpeta de láminas, el pregón y el cartel.

—Es preciso destacar el papel que realizan los integrantes del comité organizador. Guillermo Blázquez y Jaime Abad hacen una labor eficaz, con muy notables resultados. Fruto de esta dedicación, la Feria de Recoletos es ya un certamen clásico, donde cada vez son más los libreros que quieren participar.

El libro es siempre el protagonista, el centro de la conversación. Se citan decenas de títulos, cada cual más notorio y buscado, se citan a los autores en su tiempo...

—Con la Feria de Recoletos el libro se ha revitalizado, ha cobrado un impulso que antes no tenía. Fue muy importante salir al encuentro del público. Fruto de ello, hoy tenemos al menos dos librerías de calidad to-

talmente asentadas. Y hay que recordar que son muchos los clientes que se desplazan desde provincias exclusivamente a la Feria. Y producto de Recoletos es también la Muestra de Bellas Artes, aunque este certamen es ya especializado, para un público muy concreto y con muy altos niveles de calidad. Pero, en su género, la de Recoletos es la primera de España. No creo que exista otra igual.

La Feria de Recoletos tiene unas especiales características. En el Paseo se puede encontrar, con muy pocos metros de diferencia, un incunable o una novela de «El Coyote». Es cuestión económica y de gustos.

—Hay gente que por timidez no va a las librerías pero que sí acuden a Recoletos. Los creadores de este estilo de feria fueron los libreros catalanes.

Las anécdotas se podrían contar por cientos. Raro es el librero que no tiene la suya propia, que no se deleita posteriormente con una narración exhaustiva de unos hechos que reflejan sano divertimento o ingenuidad.

—Recuerdo que Areilza encontró un volumen dedicado a su padre. Le causó una gran alegría. Y, concretamente, este pasado año tuve la oportunidad de charlar con Nati Mistral, que buscaba «El Diablo», de Papini, y con el propio Octavio Paz, que buscaba el primer volumen de «Los episodios nacionales», ilustrado, en edición de La Giralda. Le solicité unas letras, un pequeño texto manuscrito, y me respondió: «Me voy a sentar y lo voy a pensar». Ahora tengo el grato recuerdo del gran poeta mexicano.

P. TORRES